Romero de Torres

Fto. Mermo



144 15

La hija de Juan Simón

Drama popular de

José Mª Granada y N. M. Sobrevila

LA HIJA DE JUAN SIMÓN

É M.ª GRANADA Y N. M. SOBREVILA

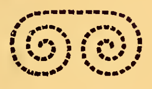
La hija de Juan Simón

;popular, en UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS (dispuestos en uadros), en verso y prosa, adaptación del guión cinematográfico.

Estrenado en el TEATRO DE LA LATINA, la noche del miércoles 28 de Mayo de 1930, por la Compañía dramática de MANRIQUE GIL.

PRIMERA EDICIÓN

DIBUJOS DE ALMADA



LA FARSA

IV | 14 DE JUNIO DE 1930 | NÚM. 144

MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
El *Prólogo*	MANRIQUE GIL.
Carmen	Aurelia Díaz.
Soledad	Luisa Nogués.
Angustias	Enriqueta Colomo.
Lola la Gitana	La "Andalucita"
Gitana vieja	La "Gabriela"
La vieja Celestina	Engracia Barbero.
Pupila 1.ª	Angelita Albiach.
Id. 2.ª	M.ª Luisa Torres.
Rosa	Antonia Otero.
Mujer 1.ª	Angelita Albiach.
Id.. 2.ª	Nieves Garo.
Amiga 1.ª	Carmen Pomés.
Id. 2.ª	Lola Palomares.
Juan Simón	Manrique Gil.
Curro	Manuel Santamaría.
Pepe Luis	El "Sevillanito"
El Chófer	José Vega-Elvira.
Sorrozábal	Rafael Mor.
El "Cartagenero"	Niño de Almadén.
Un chaval	Niño de la Puerta del An
Gitano viejo	José Ortega.
Id. joven	Enrique Martínez.
Camarero	Bernardo P. Vergara.
Manolito	José Ortega.
Un flamenco	Luis San Martín.
Un borracho	Pedro Yañez.
Un señorón	José Giménez.
Un Senador	Rafael Mor.

Gitanas, gitanos, etc.

La acción en un pueblo de Andalucía, en Málaga y en Mad
En nuestros días.

A MANUEL MACHADO

Con mucho cariño,

JOSE M.ª GRANADA

N. M. SOBREVILA

PRÓLOGO

A telón corrido, el actor dice al público:

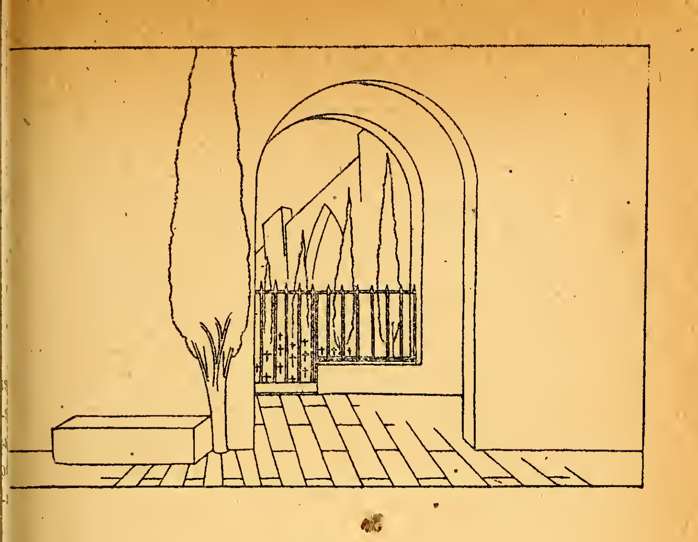
Es obligación nuestra advertiros que la obra que va a ser representada es el drama de una vida triste. Este drama quiere ser como la entraña profunda del alma de Andalucía; sin sus brillantes colores, sin su alegre fantasía, sin esa gracia vistosa con que aparentemente, con señorial distinción, cubre su melancolía.

Es el drama de una vida desgarrada, presentada crudamente, quizá en forma dura, como es cruda, desgarrada y fuerte la vida de esas mujeres que, al encontrarse caídas, perdieron respeto y consideración, porque al llamarlas el amor fueron débiles y humanas y no supieron resistir su fuerza.

No está, como veréis, presentada con delectación morbosa la existencia de esas pobres mujeres que, llamándolas de vivir alegre, llevan una tan triste vida; sino piadosamente, con sentimiento y con pena, sin la máscara de la hipocresía, con que taimadamente se busca el placer, sin querer enterarse de los males que, por culpa de muchos, arrastran terriblemente las mujeres de la vida.

Es, en fin, el drama de una mujer buena y sencilla, víctima del deseo brutal que hace arder la carne en llamaradas de calentura; de una de esas mujeres que van consumiendo su vida entre el rasgueo quejumbroso de una guitarra..., de una voz desgarrada y rota... Drama de mujer andaluza que, al conocer el origen de la vida, encuentra sólo el dolor.

FIN DEL PROLOGO



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

...io de un cementerio en un pueblecito, cerca de Málaga. Sentados en un banco, bajo un ciprés, apura JUAN SIMON los restos de una merienda y CURRO le acompaña. Es un atardecer.

...AN SIM. ¡Cuántos años, Curro, cuántos
que te fuiste desta tierra!
¿Por qué fué dejar tu casa?;
¿por qué fué la marcha aquella?
(Curro queda hondamente pensativo, y después de una pausa dice, al fin, melancólico.)

CURRO. Se casó quien yo quería;
se casó, y por no verla
en las manos de otro hombre,
por no matar a' él y a ella,
emprendí aquella partía
y huí lejos desta tierra.
(Pausa.)
Y me fuí lejos..., mu lejos.
Iba huyendo de mi pena,
y la pena me seguía
como triste compañera.
He cruzao muchos mares,
he corrío muchas tierras,
y entre burdeles, probando
la miel en bocas diversas,
entre mujeres y vino,
dejé enterrá mi pena.

JUAN SIM. Aquí te creían rico.

CURRO. Y lo fuí. Tuve riquezas,
que mis manos destrozaban
entre locuras y juergas.
(Queda pensativo, recordando la pasada vida.)
Fué allá en Tucumán; en donde,
después de una vida llena
de placeres, de locuras,
de vino y mujeres... (era
mi vivir un torbellino
como no tienes idea),
me sentí harto de to;
durmieron en mi cabeza
los malinos pensamientos,
y se borró al fin aquella
mujer que fué mi tormento
y emprendí otra' vida.

JUAN SIM. ¿Buena?
*(Curro hace un signo afirmativo, una inclina[ción]
de asentimiento.)*

CURRO. Me dediqué a trajinar,
a trabajar con firmeza;
comercié bien y con suerte,
y nací a una' vida nueva
con fortuna, con respeto,
honrada, tranquila y buena.
(Suspira.)
Así pasaron los años
y así la pasión aquella

y se ahogaron en cenizas
(en cenizas frías, muertas)
las brasas de mis recuerdos,
los tormentos de mi pena.
(Pausa.)

[JUAN] SIM. ¿Y cómo dejaste aquello?

[CHU]RRO. *(Tristemente, resignadamente.)*
Porque el hombre es como esas
flores que al llegar la noche
se marchitan y se cierran,
y al primer rayo de sol
sobre su tallo se elevan
pa perfumar nuevamente
con más brío, con más fuerza.
Y así pasó. Otra mujer,
otra... lo mismo que aquélla
pasó por mi lado un día,
mandó sobre mi cabeza
un rayo de luz divina
de sus ojos de agarena,
y otra vez, amor y celos,
(Con rabia.)
y otra vez, llantos y quejas,
y otra vez, los desengaños,
y otra vez más..., ¡la miseria!
(Se cubre con las manos sus ojos cuajados de lágrimas.)

[J]UAN SIM. ¿Otra vez vuelta a caer?

[CH]URRO. Otra vez...; ¡lo quiso ella!;
que el hombre arderá en deseos
siempre que unos ojos quieran.
(Pausa.)
Fué una noche despejada;
fué en una noche serena,
y cuando todo dormía
despertó mi carne hambrienta.
Un rasgueo de guitarra...,
una copla por jaberas
me trasplantó a Andalucía.
Al oír la copla aquella,
volvieron en mí a nacer
ansias aun no satisfechas.
Porque una copla cantada
por quien la siente, se eleva
gallarda, majestuosa,
y con brío y con majeza

se nos clava en las entrañas
como una faca certera,
y es puñalada que mata
y beso que te enajena,
y es garfio que nos desgarra
y bálsamo que consuela.
Eso hizo la cantaora
que me trajo nuevas penas.

JUAN SIM. ¿Y di, Curro, no podrá
saberse quién era ella?
(Pausa.)

CURRO. Era... Lola la Gitana;
moza espigada, trigueña;
era amante de un torero
perdío en aquella tierra.
Primero traicionó al otro;
después a mí...
*(Como si quisiera arrancar de su frente las ide[as]
y recuerdos.)*
En fin... ¡Fuera!
¡Fuera, pensamiento mío!
¡Corazón, párate!... ¡Ea!;
no más hablemos de aquello,
que yo sigo con firmeza
el caminito trazao...
y he de llegar hasta ella...,
y entonces...
*(Cambiando de entonación y queriendo aparent[ar]
una fingida tranquilidad.)*
A nadie importa
ni mi vida ni mi pena;
ya sabes, Simón, bastante.
Dame vino.

JUAN SIM. Toma.

CURRO. Venga.
(Beben los dos. Suena una guitarra.)
(Después de una larga pausa dice Curro.)

CURRO. ¡Es raro! En un cementerio
una guitarra que suena.

JUAN SIM. *(Con fría sonrisa.)*
Y alguna vez una copla.
Es un zagal que maneja
guitarra y voz, como saben
cantar sólo en esta tierra.
Al lao del cementerio
pastan las reses que lleva;

la vida' al lao de la muerte;
to es lo mismo.
(Dándole de beber.)
Toma.

CURRO. *(Aceptando el vaso de vino.)*
Venga.
(Beben nuevamente los dos.)
¿Y cómo has dao tú en esto?

JUAN SIM. Como hubiá dao cualquiera.
Que me enamoré de Angustias;
se oponían a que fuera
mi mujer, y eso tan sólo
bastó a que más la quisiera.
Y me vine aquí ar lao suyo,
y cegué de tal manera
que rosas me parecían
las peladas calaveras.
En el trabajo a su padre
le ayudé, y en fin que ella
al cabo fué mi mujer
y aquí me tienes.
(Al ver que Curro queda desagradablemente impresionado.)
¿Qué piensas?

CURRO. ¡Triste oficio, Juan Simón!

JUAN SIM. ¿Triste oficio? ¡No lo creas!
A to se acostumbra uno.
¿No sabes la copla aquella?
"Toito es hasta acostumbrarse.
Cariño le toma' el preso
a las rejas e la cárcel."
¡A to se acostumbra uno!
(Oyese ruido como de paletadas de tierra.)

CURRO. ¿Qué ruido es ese que suena?

JUAN SIM. *(Levantándose y mirando.)*
Trabajan los de mi oficio;
es que la tierra está hambrienta,
y en este mismo momento
dan de comer a la tierra.

VOZ. *(Dentro.)*
Juan Simón, ahí queda eso.

JUAN SIM. Voy a ver.

CURRO. ¡Qué vida esta!

VOZ. *(Dentro.)*
Jesús, y cómo pesaba

la condenada. ¡Ahí queda!
(Vuelve a salir Juan Simón.)

JUAN SIM. Era una pobre mujer.
¡Qué sola vino a la tierra!...
Nadie vino a acompañarla.
Yo la conocí, y era
una bella pecadora
que, al nacer en la miseria,
buscó, vendiendo su cuerpo,
como otras tantas, riquezas;
y después de haber llevao
una vida de tragedia,
ha muerto en el hospital.

CURRO. *(Con amarga desesperación.)*
¡Maldita la mano aquella
que dicen señala el sino
de las personas! ¡Qué pena
nacer pobre pa sufrir
los males de la pobreza!
Si en vez de nacer de pobres,
nace en una cuna regia,
entre mimos y cuidaos,
hubiese tenío ella
to lo que se necesita
pa no caer en la pena
de esa vida miserable
y de esa muerte tan negra.
Yo reniego del destino
que al nacer, ya nos condena
a dos personas a andar
por dos opuestas vereas...
(Cortándole con escéptica sonrisa.)

JUAN SIM. Que conducen a este sitio,
sea por ésta o por aquélla.
Aquí tos somos iguales.
(Oyese la voz de Angustias que llama.)

ANGUST. *(Dentro.)*
Juan Simón...

JUAN SIM. Mi mujer llega.

CURRO. Pues yo entre tanto...

JUAN SIM. Ve al pueblo
y espérame en la taberna,
que hoy se ha dao bien el día
y quiero yo a tu fineza
corresponder.

RO. *(Suena dinero y dice en tono confidencial.)*
Unos duros
para vino y para juerga.
(Hace mutis Curro. Por el sitio opuesto sale Angustias.)

N SIM. ¿Y Carmen y Soleá?
(Temerosa, sin atreverse a hablar.)

UST. A eso vengo, Juan Simón.
No te lo quiero ocultá,
que ya no puedo llevá
más pena' en mi corazón.
Carmen, que está cada día
por ese *bala perdía...*
(No se atreve a seguir. Juan Simón imperioso y como adivinando.)

N SIM. ¡Habla ya por esa boca!

UST. *(Llorando.)*
¡Carmen es cosa perdía!...
¡Pepe Luis la ha vuelto loca!

N SIM. *(Lleno de indignación.)*
¡Un cantaor de tablao!...
¡Un chulo de profesión!...
¡El me la habrá enamorao;
mas si su fin no es sagrao,
yo le parto el corazón!
Que yo sé que la hija mía,
si por guapa está quería,
la quieren de mala hechura;
que es flor bella la hija mía...,
pero es flor de sepultura.
Y ya que así la he engendrao...
¡Eso es fruto consagrao
y han de besar donde pise!

GUST. *(Llorando y temblorosa.)*
Ha salío con él.

AN SIM. *(Loco de rabia y sin querer dar crédito a lo que oye.)*
¿Qué dise?
(Le oprime fuertemente la mano.)
¿Y tú, Angustias, la has dejao?
(La amenaza.)

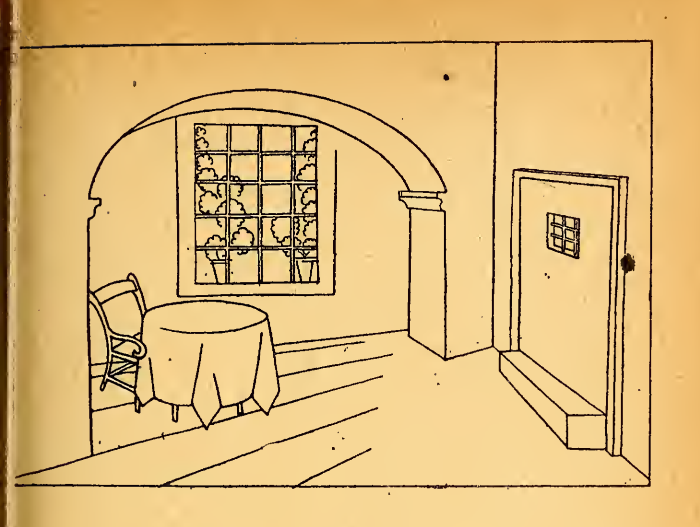
NGUST. Yo no lo púe evitá.
(Luchando por soltarse de Juan Simón.)
Suelta.

JAN SIM. ¡Calla! Ya verá
si grabo en su corazón

que ha de ser, la Consagrá,
¡la hija de Juan Simón!
(Ahora es Angustias quien lucha por sujeta Juan Simón, que quiere huir y busca la nav Rápido cae el telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO





CUADRO SEGUNDO

---

sa de JUAN SIMON. Comedor con una reja al foro que da a la calle. CARMEN y SOLEDAD. Esta cose. Carmen, inquieta, pensativa, de vez en cuando se levanta y va a la reja.

)LEDAD. ¡Vamos Carmen! Veo que sigues
ca vez peor, y recelo
que la desgracia' te ronda...,
que tu mal no tie remedio.

ARMEN. *(Malhumorada.)*
Déjame, que tú no sabes
to lo que yo sufro y peno;
que el martirio de mis carnes
es mu grande y es mu negro.

SOLEDAD. *(Con pena.)*
¡Tanto quies a Pepe Luis!

CARMEN. ¡Y tú me preguntas eso!
(Después de una pausa y como pensando en l magnitud de su pasión, y como si no encontrar con qué compararla.)
¿Ves cómo se quiere a Dios?...;
pues toavía más le quiero;
¡que él es mi Dios y él es solo
mi gloria, al par que mi infierno!
¡Los latíos e mi sangre!...
¡Los temblores e mi cuerpo!...
¡La luz que alumbra mis ojos
y pone en mis labios fuego,
pa que en vez de con palabras
le cante mi amor con besos!
La gloria me la darían,
y ni la' gloria la quiero
si no es pa estar a su vera...

SOLEDAD. *(Como asustada al ver la exaltación de su he mana y sin comprender su pasión.)*
¡Calla', Carmen!... ¡Me das mieo!
¿Y esto es amor, madre mía?

CARMEN. *(Con gloriosa superioridad.)*
¡Tú no sabes lo que es eso!
(Hay una pausa. Suspira Soledad y sigue en labor. Carmen vuelve a mirar hacia la calle, qu dando apoyada en la reja. Se inquieta, se sep ra del punto de observación, nerviosa vuelve él y viene al fin al lado de su hermana.)

SOLEDAD. Siéntate, hermana, conmigo.

CARMEN. !Y padre y madre?

SOLEDAD. Salieron.

CARMEN. ¿Y tardarán en volver?
(Con alegría.)

SOLEDAD. Al marcharse me dijeron
que mañana bien temprano
va a subir al cementerio...
no recuerdo qué familia,
y quieren poner aquello
lleno de flores. La noche
la pasan allí.

CARMEN. *(Sin poder disimular el contento.)*
¿Advirtieron
que no iban a volver?

SOLEDAD. *(Con pena.)*
Sí.
(Al ver la inquietud de Carmen.)
Siéntate, hermana.
CARMEN. *(Se sienta y vuelve a levantarse.)*
¡No puedo!
SOLEDAD. *(Con un gran convencimiento.)*
Esperas a Pepe Luis.
CARMEN. ¡Qué te importa!
(Desafiando la mirada de su hermana.)
Sí, lo espero.
SOLEDAD. *(En tono de reconvención.)*
Recuerda, hace pocas tardes,
cuando a padre le dijeron
que habías salido con él
lo que pasó.
CARMEN. *(Con firmeza.)*
Lo recuerdo.
SOLEDAD. A madre la maltrató
por haberte dejao, y luego
si Pepe Luis no se esconde
y huye...
CARMEN. Inútil empeño.
Pepe Luis ha de ser mío;
ha de ser mío, lo quiero
y me quiere, y ya no hay fuerza
que nos separe.
SOLEDAD. *(Se oye una guitarra.)*
¿Qué es eso?
(Se levanta y mira.)
CARMEN. *(Muy contenta y en tono confidencial.)*
Eso es que viene a buscarme.
SOLEDAD. *(Con temor y asombro.)*
¿Pepe Luis?
(Carmen hace signo afirmativo.)
CARMEN. *(Suena la guitarra ya más cercana.)*
¡Caya!
(Soledad va a hablar y Carmen le dice.)
¡Silencio!
(Escuchan las dos y rompe el silencio una copla vibrante, apasionada, que canta Pepe Luis.)
PEPE LUIS. *(Dentro, cantando cada vez más cerca, hasta terminar la copla asomado a la reja.)*
Alegra esa cara de pena
y no sufras el castigo
de que tu madre no quiera

que tú te cases conmigo
y sufras esa condena.

(Al ver a Soledad queda parado en la reja sin atreverse a entrar; mira suplicante a Soledad, Carmen lo mismo; pero avanza Carmen hacia él. Hablando.)

CARMEN. ¡Pasa!, pasa, Pepe Luí,
que me tienes junto a ti
pa' defendé tu cariño;
no me tiembles como un niño
y aprende, aprende de mí.

(Ha pasado Pepe Luis y antes de que llegue a Carmela, Soledad les dice llorosa.)

SOLEDAD. Sólo os pido, sólo imploro
por este llanto que lloro,
que no se alargue la cita.

PEPE LUIS. *(Llega hasta el centro de la escena y da la mano a Soledad.)*
Dios se lo pague, mocita.
(Abrazando a Carmela.)
¡Ven aquí tú, mi tesoro!

(Hablan bajo. Soledad va hacia la calle y vigila porque no les sorprendan.)

SOLEDAD. Bueno está ya, que es un juego
que no es bien que lo juguéis.
Ahora estáis locos, y luego,
es posible que en el fuego
del desengaño os queméis.

CARMEN. *(Llorando.)*
Este a Málaga se va
contra'tao pa cantá...

PEPE LUIS. Pero no llores, criatura.

CARMEN. ¡Yo no sé! Se me figura
que no lo vuelvo a ver más.
Y si no vuelve, si llena
de dolor me veo por buena
sin mi honra y mi razón,
yo me parto el cora'zón
pa no morirme de pena.

(Llora. Pepe Luis queda sobrecogido por la emoción del momento. Soledad, con terror y como si no creyera lo que oye, pregunta.)

SOLEDAD. ¿Pero es... que...?

CARMEN. ¡Sí, Soleá!
le di, cuanto pude da;
la vida que hubiá pedío.

SOLEDAD. ¡Oh, calla! ¡Calla! ¡Dios mío!
¡Pepe Luí! ¿Y has sio capaz?
(Vuelve a sonar la guitarra.)

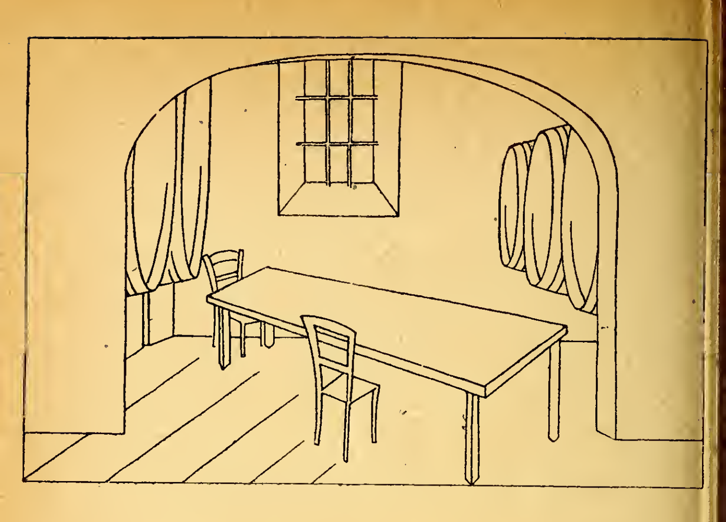
PEPE LUIS. *(Hablado.)*
He sio capaz porque tengo
un corazón pa quererla,
unos brazos pa robarla
y faca pa defenderla.
(Canta Pepe Luis, acogiéndola en su pecho y acariciándola.)
Por la salú de tu mare
no quieras volverme loco;
no me llores tú, morena,
que me va faltando poco
pa yo morirme de pena.
(Cuando las dos hermanas se han serenado, olvidadas de todo, con cara de terror hace señas Soledad de que se callen. Señala al exterior, y se ve cruzar la silueta de la madre. Quedan sin saber qué hacer. Entra en escena y lanza una exclamación de angustia al presenciar el cuadro inesperado. Al fin se yergue, digna e imperativa señala a Pepe Luis la salida; éste baja la cabeza y obedece. Cuando Pepe Luis sale, sollozando, ahogada por el dolor, Carmen se arroja en brazos de su Madre.

CARMEN. ¡Madre! ¡Madre!
(Quedan abrazadas sollozando y Pepe Luis canta al hacer mutis.)

PEPE LUIS. Alegra esa cara de pena
y no sufras el castigo
de que tu madre no quiera
que tú te cases conmigo
y sufras esa condena.

(Y rápidamente cae el telón.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO



CUADRO TERCERO

Interior de una bodega en Málaga. Antes de levantarse el telón óyese una copla por tangos, el jalear de la juerga, el son de las palmas y el toque de las guitarras. Al levantarse el telón, sobre una mesa, baila LOLA la GITANA Hay gran animación y la fiesta está en su apogeo. La bodega es amplia, excesivamente iluminada, y sobre las grandes barricas y las grandes cuarterolas ponen una nota de color fuerte, abigarrada, los vestidos de las mujeres y los mantones de Manila.

UNOS. ¡Bien!

OTROS. ¡Bien bailao!

GITANO JOV. ¡La Macarrona!

(Van a quitar la mesa y el Chófer los detiene.)

CHÓFER. ¡Eh, cuidao! ¡Estése quieto!
y dejá quieta la mesa,
que ésta,
(por la bailadora.)
con el taconeo

dejó un mantón de Manila
bordao en ese tablero.

AORA. Gracias.

ER. ¡Qué gracias! ¡La fija!
¡Vayan dos pies, so lucero!
(Tanto se acerca para decírselo que casi va a rozar su cara. La bailaora se retira.)

AORA. ¡A ver si le doy con éste!
(Levantando un pie.)

FER. Déme con los dos, y luego
déme también los zapatos
pa beber el vino en ellos.
(El Cartagenero se acerca y dice, celoso y malhumorado.)

TAGEN. Los pies de esa bailaora
son míos, con to su cuerpo,
y son sus pies dos palomas
con lazos de raso negro...

FER. Y dos juanetes así,
(Señalando.)
que los he visto, ¡so lelo!;
y déjame de pamplinas,
que yo pelea' no quiero.
(Va a marcharse y lo sujeta el Cartagenero. Curro observa a Lola y a los otros dos.)

RRO. ¡Lola! ¡Lola la Gitana,
siempre dando sentimiento!
¡Pero ya te tengo cerca!;
y aunque disimulen..., bueno,
no me conocen, y yo
finjo lo mismo que ellos;
yo quiero poquito a poco
en la red que estoy tendiendo...
(Queda pensativo; asoma a sus labios una sonrisa como si ya viera la venganza. Después se pone serio y con rabia dice.)
¡Son los dos malos, él y ella!

ÓFER. ¡Bueno, señor! ¡Ya está bueno!
¡Déjeme a mí de pamplinas,
que yo pelea no quiero!
(Se separa violentamente del Cartagenero. Acto seguido se acerca al Chófer Curro y el Cartagenero se aleja.)

JRRO. *(Al Chófer.)*
¿Tú no sabes quién es ése?
(Señalando al Cartagenero.)
Ese es el Cartagenero,

cantaor de mucha fama
y amante de ésa; y te advierto
que es algo bronquista el hombre
y algo también traicionero.

CHÓFER. Pues si es que busca pelea,
conmigo no; que yo tengo
dos pies mu majos, que son
dos galgos los dos corriendo.

CURRO. ¿Eres cobarde?

CHÓFER. Yo no;
pero sí que estaría bueno
que venga yo de Madrid
sirviendo a ese caballero
(Señalando a Zorrozábal, que duerme.)
y quedara aquí fiambre
por un tío jaranero.
Es mi Madrid muy hermoso;
dije que volvía y vuelvo.
Conque el que quiera pelea
que busque un guardia, el más serio,
y le endiñe dos *castañas*,
y así logra su deseo.

CURRO. Dices bien, muchacho. Toma.
(Dándole vino.)

CHÓFER. ¿Vino? Con éste sí quiero
pelearme a todas horas.
(Coge el vaso y finge con el una cómica pelea.)
¡Ven aquí, ladrón! ¡Zopenco!
¡Que yo me bebo tu sangre!
(Lo apura.)
¿Dónde hay más guapos?
(Con ferocidad cómica apura otro vaso.)

ZORROZÁB. *(Despertando.)*
¿Qué es esto?
¿Pero es que estáis parados?

GITANO VIE. Descansamos un momento.

ZORROZÁB. ¿Qué es descansar? ¡Descansar!
A seguir el bailoteo,
y cada uno a lo suyo
sin descansar un momento.
Yo les pago a las artistas,
y les pago para eso;
aquí descanso yo solo,
que es el que suda el dinero.
Conque venga bulla y juerga
y no cese el movimiento.

(De muy mala gana, entre amenazas al bilbaino y fatigados movimientos, bailan y palmotean hasta que se queda dormido.)

RO. Oye, dime, ¿quién es ése?

ÓFER. ¡Quite usté, por Dios! ¡Un hueso!
El paga bien, pero, leñe,
que hay que sudarlo. Yo vengo
desde Madrid, y es un tío
que tie la mar de salero.
En Madrí, en un cabaré
donde yo el servicio presto,
me lo echaron en el coche;
yo le dije muy correcto:
—¿Adónde va usté, señor?
(Imitando la voz curdona de Zorrozábal.)
—Por este camino creo
que a la ruina; pero sigue
tú palante y bien ligero.
—Bueno, pero ¿dónde vive?
—En el Palas; —voy y llego
y allí no lo conocían.
—¿Que aquí no es donde me hospedo?
Pues si no estoy en el Palas
—me dijo el hombre mu serio—,
estaré en el Ritz; en marcha.
Conque voy al Ritz, y luego
resultó que allí tampoco
lo conocían.

URRO. ¡Está bueno!

IÓFER. Ni allí ni en ninguna parte;
hasta que al fin va muy serio
y me dice: —To palante;
tú sigue, y sigue mu recto
todo el camino seguío
sin dar siquiera un rodeo.
Yo seguí. Y al fin le digo:
—Señor, que vamos siguiendo,
y por esta carretera
vamos a Málaga. —Bueno,
pues a Málaga; tú sigue
y calla, y no seas zopenco.

URRO. ¿Y llegasteis a esta tierra?

HÓFER. Anoche. Metióse dentro
de esta bodega; llamó
a estos artistas y..., bueno,
que desde anoche no deja

que descansen un momento.
El les ha pagao bien,
les ha dao mucho dinero,
¡pero bien van a sudarlo!
¡Los va a dejar medio muertos!

ZORROZÁB. ¡Eh!, ¿trabaja todo el mundo?
(Al oírlo todos, que están dormitando, asustado se levantan y bailan como antes un momento, pue Zorrozábal vuelve a dormir.)
Bien. Que sigan.
(Sigue durmiendo.)

VIEJA. ¡Tos sus muertos!

VIEJO. ¿Pero quién es este tío?

CHÓFER. San Vito. ¿No lo estás viendo?

LOLA. *(A Pepe Luis.)*
Por usté tan sólo aguanto
a ese señorito.

PEPE LUIS. ¡Menos!

LOLA. ¡Por la gloria de mi pare!
Si no yo no aguanto eso.
¡A mí hay que pagarme bien
y tratarme con salero;
pero estí a gusto a su vera!

PEPE LUIS. Gracias, Lola. Yo por eso
sigo aguantando al pelmazo
del señorito; por menos
he dejao yo una reunión.
Esta noche no la dejo,
quiero mirar esos ojos
hasta que me dejen ciego.

LOLA. Calle, que viene...
(Al ver al Cartagenero que se acerca a ellos co intención mala.)

ZORROZÁB. *(Al Cartagenero.)*
Tú canta.
Canta tú, Cartagenero.

CARTAGEN. *(Cantando.)*
Tiene pena de la vida
el que quiera a esa mujer;
o la vida ha de costarme,
o yo le demostraré
que no puede ser de nadie.
(Al terminar de cantar el Cartagenero dice Lol a Pepe Luis.)

LOLA. ¿Y usté, señó, es que no canta?;
¿es que está múa su boca?

EPE LUIS. Sí, señora; vi a cantá.
(Al tocador.)
Cuando quieras, niño, tocas.
(Canta Pepe Luis.)
A mí nadie me camela;
que lo tengan bien sabío,
que a mí nadie me camela;
tengo en mi pecho metío
el querer de mi morena.
Esa me quita el sentío.
(Dirigiéndose a Lola después de cantar, hablado.)
Ahora usté, Lola, que al par
que una buena bailaora
canta tan bien, que paece
un ruiseñor esa boca;
cante el cante de esta tierra,
mas no el que se canta ahora,
sino el del viejo Juan Breva.
¡Cante malagueñas, Lola!

CARTAGEN. Esta no canta.

LOLA. *(Con decisión.)*
¡Sí canto!
¡Quieo dar gusto a esa persona!
(Con fría serenidad, con sonrisa de seguro triunfo, sin bravuconería, pero con gesto de hombre, dice al Cartagenero.)

PEPE LUIS. Ya lo oye usté, ella quiere
y hay que oírla.
(Serio e imperativo dice después a la Gitana.)
¡Cante, Lola!
(Suena la guitarra y canta Lola por malagueñas.)

LOLA. Triste es el triste dolor
de quien tiene que sufrir
el soñar con otro amor
sin poderlo conseguir.
Eso estoy soñando yo.

TODOS. ¡Viva Málaga!

CHÓFER. ¡Y su vino!

CURRO. ¡Sus mujeres!

LOLA.... Y su cielo,
que es el manto de la Virgen.

CURRO. Y su cante, que tie el dejo
de una penita mu jonda.
(Han repartido vino y brindan todos.)

UNOS. ¡Salú!

OTROS. ¡Salú!

CURRO. Y mucho tiempo
que nos dure la alegría.
(Beben todos.)

CHÓFER. Miêntras haya vino añejo,
y mujeres y guitarra,
y estemos aquí bebiendo
y gozando, ¡fuera penas!
¡Qué alegres estamos!
(De pronto la Vieja Gitana, con una gran borrachera, rompe a llorar escandalosamente:)

VIEJA. ¡Ay, ay, ay!

CHÓFER. ¡Bueno!

UNO. ¡Mi mare!

CHÓFER. ¿Pero qué pasa?

ZORROZÁB. ¿Esto es juerga o es un duelo?
(Sigue llorando estentóreamente la Vieja Gitana.)

VIEJA. ¡Ay, ay, ay!

VIEJO. ¡Es que le ha dao llorona;
siempre le pasa lo mesmo!

CHÓFER. ¡Que la maten!
(Todos corean, cantando y amenazándole con las guitarras.)

TODOS. ¡Que la maten! ¡Que la maten!

GITANO VIE. Darle más vinillo añejo.
(Le dan de beber y calla repentinamente, como por milagro.)

VIEJA GIT. ¡Ay!

UNA. ¡Y ahora que baile!,
y también su compañero.
(Forman corro y los dos viejos gitanos bailan un baile por chufla. Zorrozábal despierta y sale a bailar entre la rechifla de todos, que quieren matarlo.)

ZORROZÁB. ¡Aquí no estamos alegres!
¡En mi tierra hay más contento!
¡Aquí las coplas son tristes!
¡Aquí no hay más que lamentos!

CHÓFER. Pues váyase usté a Pamplona,
pamplinoso...
(Le quita un vaso de vino que tiene en la mano.)
Venga eso.
Aquí tiene chacolí.
(Le da una botella.)

OZÁB. ¡No! "Celada" es lo que quiero.
(Zorrozábal rechaza la botella de chacolí y pide vino.)

IO. Chacolí.
(Dándole la botella.)

OZÁB. *(Rechazándola.)*
¡Quiero "Celada"!

IO. *(Dándole vino.)*
¡Como que es gloria del cielo!
Lo mismo que nuestras juergas,
lo mismo que lo flamenco.
¿Que hay coplas que son mu tristes?
Señor, porque hay sentimiento,
y se canta... porque sí
y se divierte por eso.
Y si no verá.
(Llamando al Chavalillo, cantaor profesional.)
Muchacho,
ven aquí tú.

AL. *(Acercándose.)*
Ar momento.

IO. ¿Por qué cantas tú?

AL. *(Sin saber qué decir.)*
¿Yo? Por...
¡Porque canto!; ¿quié usté verlo?

RO. Di por qué eres cantaor,
que este señor quie saberlo.

AL. *(Muy triste.)*
Que se me murió mi mare
de pena y de sentimiento
de que nos abandonó
mi pare..., y yo tan pequeño...,
ar verme solo, ¿qué hacía?
¡Pues cantar!

RO. ¿Usté oye eso?

FER. Anda, cántate, chiquillo;
canta pa que te oigan éstos;
y usté no abra más su boca
hasta está en Birbao.
(Va a hablar Zorrozábal y el Chófer no le deja.)
¡Silencio!
¡Señores, y qué tajá
vi a coger con más respeto!
(Canta el Chaval, lo aplauden y jalean.)

AL. Llorando yo mis fatigas,
una vez quise saber

si mi pena acabaría,
y me contestó un divé:
—Sin ellas ¿qué cantarías?
(El Chófer con una borrachera muy grande gido del brazo del Gitano viejo.)

CHÓFER. ¡Ole! ¿Quién dice que está
mareao este madrileño?
(Dando un traspiés grande y variando de ento ción.)
¡Con usté me voy yo siempre
a la fin del mundo, agüelo!
¡Ole!, que no estoy borracho
¿estamos? ¡Que este movimiento
no es que me caigo; es que es
jacarandoso mi cuerpo!
Que los hijos de Madrí
somos así. ¿Estamos? ¡Bueno!
(Sin poderse tener en pie.)
Con usté me voy yo siempre
a la fin del mundo, agüelo.
¿Usted cree que estoy borracho?
¡Ah, vamos! ¡Cuidao con eso!
Yo soy hijo de Madrí,
y por lo tanto me bebo
el estanque del Retiro
y sigo andando tan tieso.
¡Ole! ¡Que siga la juerga!
¡Ole! ¡Que siga el jaleo!
¡Ole!... ¡Con usté me voy
a la fin del mundo, agüelo!

VIEJO. ¡No me dé usté más la lata!
¡Josú que tea!

CHÓFER. ¡Silencio!
¿Yo una lata?... ¿Yo una tea?
(Gritando desaforadamente.)
¡Viva Cascorro!
(Siguen los dos luchando, el Gitano por desa se del Chófer. Curro habla aparte con Pepe y el Cartagenero con Lola la Gitana.)

CURRO. No hablemos,
que ya nos están mirando.
Pero ten seguro y cierto
que es una mala mujer.

PEPE LUIS. ¿Y a mí qué me importa eso?
Yo no quiero más que a una
y que está de aquí mu lejos:

la hija de Juan Simón,
¡esa es la mujer que quiero!;
lo demás son cosas de hombres
y de mujeres.

CURRO. *(Por Lola y el Cartagenero.)*
Pues esto
te puede costar bien caro.
(Pepe Luis ríe incrédulo y sin darle importancia.)

CARTAGEN. *(Amenazante.)*
No me des achares, Lola. —
(Se separa de Curro.)

LOLA. *(Al Cartagenero con malos modos.)*
¡No quiero!

CARTAGEN. *(Amenazante.)*
No me des achares, Lola.

LOLA. ¿Y si me lo pide el cuerpo?

CHÓFER. ¡Bueno, que siga la juerga!
¿Dónde se ha ido el abuelo?
(Va a buscarlo y le abraza. Lola se ha separado del Cartagenero y se acerca a Pepe Luis.)

CURRO. Ella está, se ve, cansá
del novio Cartagenero
y ahora busca a Pepe Luis
que tié más fama.
(Lola ha quitado a Pepe Luis el vaso de vino que bebía.)

LOLA. Y luego
bebo yo por este lao
donde tus labios bebieron.
(El Cartagenero que los observa va hacia ellos con mala intención, Curro que lo ve le detiene.)

CURRO. ¿Dónde vas?
(El Cartagenero se domina y dice aparentando tranquilidad.)

CARTAGEN. Voy a cantar
y a que cante el cantaor nuevo.

CURRO. Tú, Pepe Luis, a cantar.
(El Cartagenero mira con odio a Pepe Luis.)

CARTAGEN. Una tú y otra yo luego.
(Cantan los dos por fandanguillos, quitándose las frases.)
No sueñes con otro amor
ni aumentes más mis dolores.

PEPE LUIS. Ni amenaces ni te creas
que en el mundo no hay más hombres.
El querer de una mujer
se lo lleva cualquier aire.

CARTAGEN. Que de repente me muera'
si no consigo vengarme.
(Al terminar el cantar, mientras aplauden y jalean y beben, Lola se ha acercado nuevamente a Pepe Luis y con él habla, poniendo pasión y deseos en sus palabras. Pepe Luis, se deja querer; el Cartagenero se llega nuevamente a ellos y sin que Curro pueda evitarlo se encara con Pepe Luis. Este se separa un poco de Lola y ésta, que conoce al Cartagenero, no lo pierde de vista.)

CARTAGEN. Conquístala, Pepe Luis,
si eres hombre y sabes serlo,
como los hombres conquistan,
no cantando y sí riñendo.
(Lola apaga la luz. Gran confusión, ayes, lamentos y cuando a poco la luz se hace, están los personajes arrinconados y en el centro de la escena tendido y como muerto el Cartagenero. Lola, cerca de él, lo contempla con terror.)

UNOS. ¡Lo ha matao!

OTROS. ¡Lo ha matao!

CURRO. ¡Lo que buscaba' ha encontrao!
¡Y la justicia vendrá!...

LOLA. *(Imponiendo silencio y dominando la situación.)*
¡Que nadie hable de esto na!
¡Como si na hubiá pasao!
(En este momento es cuando Lola descubre el cuchillo que ha estado ocultando en la espalda y lo arroja en una barrica de vino. Curro la ve y dice:)

CURRO. ¡Ha sio ella! ¡Está loca!
¡Marchita la flor que toca'!
¡La ruina de tos nos labra!

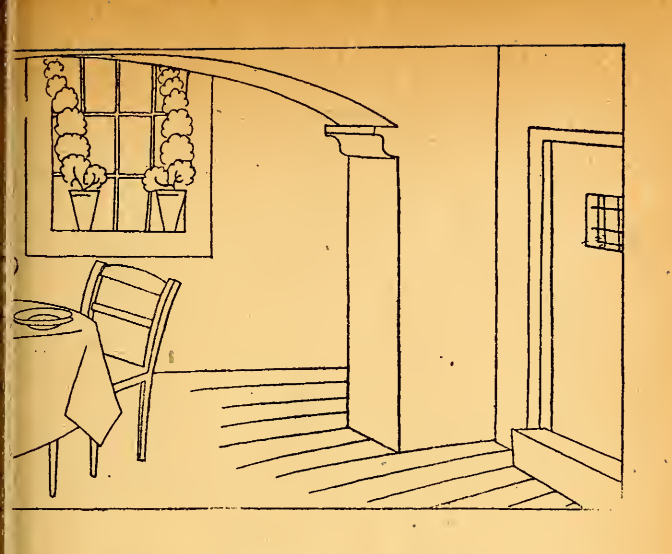
LOLA. *(Con profética exaltación y odio de infierno en su mirada.)*
¡Que se quee mua la boca
que hable de esto una palabra!
(Al viejo Gitano por el cadáver.)
Ar má con é, condenao...
(Imponiéndose.)
¡Cogerlo y tirarlo ar má!
(Con terror la obedecen y con gran esfuerzo empiezan a llevarse al Cartagenero.)
Y ahora... ¡A cantá y a bailá,
como si na hubiá pasao!
(Salta Lola sobre la mesa, y mientras unos arras-

tran el cuerpo muerto del Cartagenero, baila Lola un baile de locura jaleándose ella misma, acompañada del tocador, mientras el Chófer y el Gitano viejo, borrachos, tocan las palmas, y, rápido, cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO







ACTO SEGUNDO

CUADRO CUARTO

vez en el interior de la casa de JUAN SIMON. Es de noche. aban de cenar, y ANGUSTIAS y SOLEDAD quitan la mesa. RMEN está sentada en un rincón de la habitación muy triste nuy pensativa. Juan Simón, serio y meditabundo, lía un cigarro. minar de quitar la mesa hace señas la madre a Soledad, indándole con el gesto que se marche y se lleve a Carmen. Así lo ce Soledad y al fin quedan solos Angustias y Juan Simón. Hay a gran pausa, en la que Angustias no sabe cómo empezar a de- lo que necesita su corazón de madre.

ST. ¡Juan Simón!... ¡Bueno está ya!
¿O siempre vas a llevá
ese odio en tu corazón?...
¿No comprendes, Juan Simón,
que la haces más desgraciá?

SIM. Ya te he dicho muchas veces...

que me he portao con ella
mejó que ella se merece.
Calla y no me hables más;
antes de verla' sin honra
la hubiera visto enterrá.
Esa hija maldecía,
ni pue ya se hija mía
ni cabe en mi corazón.
¡No pue se una perdía
la hija de Juan Simón!

ANGUST. ¡Una' perdía no e!
(Con ímpetu.)
¡Ella es una desgraciá
que cegó por un queré,
y un queré tiene tal fuerza
(Con pena.)
que en un momento derriba
la torre de más firmeza.
(Después de una pausa y con gran dolor.)
Perdónala, Juan, perdona
y no gua'rdes ese encono
que no siente tu persona.
¡Arráncame esta corona
de espinas!
(Rápido, y centelleando en sus ojos la ira Juan Simón.)

JUAN SIM. ¡No la perdono!
No esperes nunca de mí
el perdón; ¡no puede ser!
¡Soy padre!... ¡Y se irá de aquí!

ANGUST. *(Con alta entonación y gran firmeza.)*
¡Yo soy madre!..., y contra ti,
contra tos, la ampararé.
(Va a replicar Juan Simón, y Angustias, b... el tono de su voz, le manda callar.)
¡Calla, que ahí vienen!

JUAN SIM. *(Irónicamente.)*
¡Perdón
a la que causó mis males!
(Desesperado.)
¡Yo llevo una' maldición!

ANGUST. *(Le responde amargamente llorando.)*
¡Yo llevo siete puñales
clavaos en mi corazón!
(Salen Soledad, Carmen y Curro.)

CURRO. *(Mirando a Juan Simón y en tono de amat...*

convención.)
¡Está bien, hombre! ¡Está bien!
Yo no sabía que eres
tan descastao con quien
no se lo merece.
(Juan Simón, sin poder disimular su disgusto, le ofrece una silla.)

N SIM. Ten.
Siéntate, Curro, si quieres.

RO. *(Después de una mirada de inteligencia con las mujeres.)*
Yo te he mandao llamá.
Siendo urgente mi recao
ni has querío contestá...

N SIM. *(Sin dejarle seguir en sus quejas.)*
No voy más a la ciudá,
que estoy, Curro, avergonzao.
¡Avergonzao!... ¡Hería
mi alma por quien más quería,
por quien creí santa y buena!
¡Que de Dios sea maldecía
la hija que me da esta pena!

RO. ¡Eh, Juan Simón, arto ahí!
Eso no lo pue desí
un hombre de corazón.
¿Quién no comete un desliz?
¿Quién no peca, Juan Simón?
Si tú esta hija has tenío,
sin ella haberlo pedío,
y ahora es una desgraciá,
ella es la que en buen sentío,
"¿Y yo por qué habré nacío?",
te puede a ti preguntá.
Conque...
(Juan Simón se va a levantar para irse y Curro lo sienta.)
Ten calma y espera,
si lo vale mi persona.
Tú... razona... y considera...

UST. *(Rápida, en el colmo del dolor.)*
¡Un padre que no perdona,
no es un hombre, es una fiera!

RO. Y usté, señora, a callá.
(Angustias va a irse.)
Y no se vaya a marchá,
(A Soledad y Carmen, que también van a salir.)

ni tampoco ustedes do.
(Las tres se detienen.)
Esto se tie que arreglá,
y aquí hacemos farta tos.

CARMEN. La pena mía es mi pena
y la quiero para mí;
yo no pueo consentí,
aunque la intención sea buena,
que nadie abone por mí.
Si peque, Dios es testigo;
no será falso conmigo
Pepe Luis; mi amor lo espera...
(Con cruel presentimiento, con trágica y firme [de]cisión.)
¡Y si acaso no volviera
yo me impondré mi castigo!
(Curro hace señas a Juan Simón y, cariñosam[en]te, echándole el brazo, se lo lleva fuera de la [es]tancia. Ha dejado olvidado Curro encima d[e la] mesa un periódico que llevaba y que, distr[aída,] Carmen hojea.)

SOLEDAD. Yo creo que Pepe Luis
volverá pronto a esta casa.
¡Verá usté que pronto, madre,
toas nuestras penas se acaban!
El es un muchacho noble.
El quiere a Carmen. ¡Si habla
de ella y se le sale
por la boca toa su alma!

ANGUST. ¡Que Dios te oiga, hija mía!

SOLEDAD. ¡Y me oirá! Que al fin mi hermana
no merece sufrir tanto,
que no es tan grande su falta.
¡Volverá! ¡Y con dinero!
Volverá rico y con ansias
¡de convertirnos en gloria
el infierno de esta casa!
Pepe Luis, el cantaor
de más nombre y de más fama,
como hombre sé que es
aún su grandeza más alta.
Conque a secar esos ojos,
a tener más confianza
y a alegrar el corazón.
(Carmen, que ha hojeado el periódico, se lev[anta] loca de dolor, lo apretuja y grita llorando.)

ARMEN. ¡Madre mía de mi alma!
¡Aquí lo dice bien claro!

NGUST. ¡Dios mío!

OLEDAD. ¿Qué es lo que pasa?

ARMEN. *(En la exaltación de su locura, erguida, desafiante, rugiendo de dolor.)*
¡Aquí lo dice bien claro!
¡Tenéis razón: yo fuí mala!
Y mi entraña fecundó
un hombre que no tié entrañas.

OLEDAD. ¿Pepe Luis?

ARMEN. ¡Sí! ¡Pepe Luis!
¡En una juerga! Allá en Málaga,
conquistando a otra mujer!
¡Celos!, ¡vino!..., ¡la navaja!...
¡Y Pepe Luis en la cárcel
por otra mujer, ¡canalla!
¡Y ustés por mí deshonraos!
¡Y yo un hijo en mis entrañas!
(Va a salir y la madre se interpone.)

NGUST. ¿Dónde vas, hija?

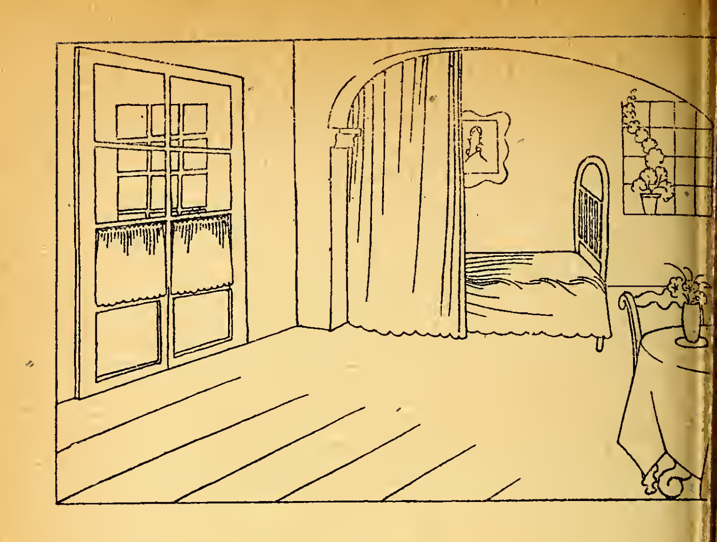
OLEDAD. *(Idem.)*
¡No sales!

ARMEN. *(Entran el padre y Curro.)*
¡Tie razón, padre! ¡Soy mala!
¡Soy una mujer perdía!
(Angustias suplica a Juan Simón.)

NGUST. ¡No la dejes que se vaya!
(Heroica se abre paso, y quedan todos suspensos, dominados por la emoción del momento.)

ARMEN. ¡Nadie intente sujetarme!
(Saliendo.)
¡Yo sabré lavar mi falta!
(Quedan todos sobrecogidos, sollozantes. Pasa por detrás de la ventana la silueta heroica de Carmen y rápido cae el telón.)

FIN DEL CUADRO CUARTO



CUADRO QUINTO

Una estancia humilde. Una cama en un rincón, y en el centro, u
mesa de camilla.
CARMEN, sentada con un niño en brazos, escucha apenada los c
sejos de una vieja celestina.

VIEJA CELES.—¡No seas tonta, mujé! ¡Tantas y tantas co
tú he visto yo! Ar principio a' toas os pasa lo mismo. Pens
ustede en er crimen pasioná..., en er sucidio..., en er *vitrolo*.
¡uy, er *vitrolo!... (Haciendo un cómico gesto de repugnanci*
¡No lo quio ni recordá! De jovencilla, llena e celos, se lo e
yo ar que luego fué mi difunto marío...; pobrecito...; ¡
Dios lo tenga' en su gloria... y a su diestra!... ¡Y amarra
la pata er sillón, no se le vaya a ocurrí gorvé! Que me d
ca paliza que otavía tengo er lomo con verdugones y los g
sos esnivelaos. ¿Por qué te decía yo esto?... ¡Ah, sí, por

itrolo! Que me enteré que mi difunto estaba camelando a na periodista y que jugaba con las dos er mismo juego, y a ií me daba er basto y a ella el oro! Y como yo entonces ra una clavellina y más bonita que una onza, y llamaba la tención en la calle, y por donde iba to se gorvían piropos. ue una ve hasta un cura que me encontré de frente tiró la' eja por alto y er pobrecito cerró los ojos y dijo: "Manolo, ijo mío, esto no se hace conmigo; a mí no me pongas estas osas por delante..." ¡Y qué guapo era tamién er cura!... ¿Por ué te decía' yo esto?... ¡Ah, sí, por el vitrolo! Pos que, ciega e celos, hija mía, cogí el barrí, me lo escondí bajo er delantá, lo busque a é, lo vi con ella, con la periodista, que iba endiendo er diario, y dije: "¡Pim! ¡Ya está", y se lo rocié nterito en la cara. ¡Qué horró! Yo fuí presa. Cómo le ponría e desfigurao, cómo se le quearía la cara, que er día er uicio, cuando me preguntó el jue: "¿Usté conoce al intreeto?; dije yo: "¿El intrefeto quién e?" Y dice er jue, señaando a mi hombre: "Este"; y digo yo: "Que se quite la carea, a ver si sé quién e." ¡Totá, la ruina! Primero, presa, y espué, casá con é, y pa mí, la inquisición. ¡La ruina, hija nía!... ¡La ruina!

(Carmen, que, más que en la conversación, ha estado ensimismada en sus pensamientos, besa al niño y suspira fuertemente, como si con el suspiro quisiera echar todo el dolor que encierra su pecho.)

CARMEN.—¡Ay!

VIEJA CELES.—¡No suspires así, hija mía, que se va a resriá er niño! Y no seas tonta y no penes, que, después de to, no te ha pasao na.

CARMEN.—¿Dice usté que no y me voy a ajogá de pena?

VIEJA CELES.—Hoy un vaso de agua te se figura a ti un emporá, y un grano de arena, un monte; pero ya verás como too pasa'.

CARMEN.—Yo me ajogo en un mar de pesaumbres y de tristezas.

VIEJA CELES.—Er ma en que tú te ajogas se lo bebe un niño chiquito. Ya verás cómo luce pa ti otra ve er so. Afortunaamente has caío en mis manos, que debes darle gracias a Dios, hija' mía, que er caé en mis manos ha sío pa ti cosa de milagro.

CARMEN.—*(Con pena e ironía.)* ¡Cosa de milagro!

VIEJA CELES.—¡Cosa de milagro! ¡Aquí viene de escondío lo mejó de lo mejó! *(Confidencialmente.)* ¡Mujeres e postín! ¡Señoronas mu señoronas, que mientras sus maríos están en sus cosas, ellas tien aquí su escondite y ñaide se entera. De aquí han salío niñas probes mu bien comprometías, que esta

casa tan humirde es mu nombrá ¡y mu decente! De aquí va a salí tu felicidá.

Carmen.—Yo no me voy. Yo no quiero irme a ese sitio.

Vieja Celes.—¿Cómo que no? ¡Eso sí que estaría bueno! Si ya tienes sacao er biyete er tren, ¡en primera y to! ¡Y en un vagón con cama corgante que va a i pa er balanceo de toa la noche! Digo. ¿Pos no va a desí que no va cuando ya el ama tie tomao er dinero.

Carmen.—*(Como extrañada.)* ¿Qué dinero?

Vieja Celes.—Er dinero que la otra ama le ha dao a ésta por ti.

Carmen.—*(Aterrada.)* ¿Pero por mí han dao dinero.

Vieja Celes.—Mira, tú no entiendes de estas cosas. Pos te callas, me obedeces y ya está. ¿O es que me vas a obligá a que te recuerde to lo que yo en poco tiempo he hecho por ti. No te lo quería recordá y te lo vi a recordá pa que te arrecuerdes. ¿No viniste juía e tu casa y caístes aquí en Málaga aonde buscabas a Pepe Luis, er cantaó, pa pedirle cuentas de su infamia? ¿No te encontrastes con que Lola la Gitana, es pechá porque Pepe Luí no le hizo caso, le echó a Pepe Luí la curpa der crimen, y Pepe Luí se fué juyendo e la justicia a Madrí, hasta que en Madrí le echaron mano, y allí lo tienen preso? Y ar ve que er palomo se lo había llevao er gavilán ¿no caíste tú mala en la calle con un vahío que unos decían que era vino y otros que era frato, y yo, que te vi la barriga pegá a la barba, supe de lo que era y te arrecogí y te traje a esta casa y aquí diste a lu a ese lucero? *(Asiente Carmen con llanto en sus ojos.)* ¿No te se cuidó como mejó pudimos? ¿Y te se ha pedío argo por to eso? ¡Pos er meico ha cobrao! ¡Y er lechero ha cobrao! ¡Y er boticario ha cobrao! ¡Claro está que tú ties una cara mu guapa y un cuerpo mu juncal y unas hechuras mu bravas. Pos ahora que llega er momento de sé agradecía, ties que callá, que to en er mundo es por argo. Además que to es por tu bien. Un mal hombre te abandonó, ahora vas a Madrí a una casa donde otro mejó te pué arrecogé.

(Oyense risas de mujeres.)

Carmen.—¿Eso qué es? ¿Quién hay ahí?

Vieja Celes.—Er que estuvo entre la vía y la muerte: otra víctima de Pepe Luí y de Lola la Gitana. Er Cartagenero, que salió del hospitá ya curao, y aquí está con unas amigas y unos amigos celebrando su mejoría. ¡Otro milagro, hija, que lo dejaron por muerto!

Carmen.—¿Aquí er Cartagenero?

Vieja Celes.—¿No te digo que aquí viene lo mejó de lo mejó? Anda, vente, que no nos vean, y vete ya preparando, que está ar caé la hora de que vengan por ti. Vente. Y alegra

a cara, ¡puñales, que paece que vas a la jorca, cuando vas rozarte con to er señorío!

(Carmen se deja llevar por la vieja. Queda la escena sola un momento y entran el Cartagenero rodeado de amigas, Amigo 1.º, Amigo 2.º y un flamenco, con guitarra.)

PUPILA 1.ª—¡Que tú no te vas!

AMIGO 1.º—Déjalo, mujé, que toavía está debi.

PUPILA 1.ª—¿Debi? ¿Qué hablas, való? ¡Oye, Cartagenero, bi tú! ¡En er mundo!

(Esto lo dice levantando en espiral el dedo índice de la mano derecha y como si quisiera perforar la techumbre.)

TOCAÓR.—¡Déjalo, mujé!

PUPILA 1.ª—¡Que no lo dejo, vamos! ¡Que éste no se va sin ntarme a mí solita...

PUPILA 2.ª—A ti solita, no; que todos lo oigamos.

PUPILA 1.ª—¡Que traigan vino!

TODOS.—¡Vino! ¡Vino!

(Entra la Vieja Celestina con unas botellas.)

VIEJA CELÉS.—¿Qué pasa? ¡Osú, qué torbellino seis! ¡Aquí tá er vino!

(Mientras deja el vino entra Manolito, hombre de unos cincuenta años, muy coloradito, muy pulcro, muy afeitado y de eminados modales.)

PUPILA 1.ª—Adiós, Manolito.

MANOLITO.—*(A la Vieja Celestina.)* Oye, ¿y ésa?

VIEJA CELES.—Prepará está.

MANOLITO.—Pues anda que ya está to preparao pa marchá toma tu propina.

VIEJA CELES.—Poca es la propina que me ofreciste, que mi abajo me ha costao. La moza es un torito bravo y aun se reste.

MANOLITO.—¡Qué dices, való! Acaba ya y toma y no haes más.

(Le da dos billetes de cinco duros y al verlos, la vieja prosta.)

VIEJA CELES.—¿Pero no me dijiste, Manolito, que me daas un billete? Un billete en toa tierra e cristianos son vein duros.

MANOLITO.—Pero ven aquí, que eres un cacharro de Talavea; mar fin tenga tu cuerpo. Te dije un billete y te doy dos, y toavía te quejas?

TOCAOR.—Oye, Manolito.

MANOLITO.—¿Qué quieres, tití? *(Va hacia él dando saltitos.)*

AMIGO 1.º—Si quieres oír cantá ar Cartagenero, quéate con osotros.

MANOLITO.—No pueo, hijo. ¡Qué más quisiera yo! Pero no

puedo. Padezco der corazón y er médico me ha prohibío que oiga a nadie quejarse, ni cantá desgracias.

TOCAOR.—Mala puñalá te den.

MANOLITO.—¡Y que la faca sea asín *(señalando)* y de solomillo! ¡Queaos con Dios tos! *(A la Vieja.)* Anda, vamos por la niña, que va a salí er tren. *(Hace mutis Manolito con la Vieja.)*

PUPILA 1.ª—¡Callarse, que va a cantá er Cartagenero! *(Echándole un brazo por el cuello.)* Anda, pichi.

CARTAGEN.—Ya te cantaré yo a ti solita.

TOCAOR.—¡Claro, mujé!... Si toavía está debi. Lo que ha tenío no ha sío poco. Pero..., no pongsa esa cara y orvía lo pasao.

PUPILA 1.ª—Eso si que no. Este tié que buscá a ella y a é. A ella pa escupirla y a é pa queá como los hombres, ¿verdá, tití?

CARTAGEN.—Yo pago siempre lo que debo y a mí me tién que pagá lo que me deben.

PUPILA 2.ª—¿Es verdá que vas a Madrí a cantá con é mano a mano.

TOCAOR.—Va a Madrí, a cantá. Con Pepe Luí no, porque Pepe Luí está preso.

CARTAGEN.—Pero un día u otro ya nos cantaremos yo y é por serranas.

TOCAOR.—Dejarse de cosas tristes.

CARTAGEN.—Sí, dejarme.

(Se levanta y se dispone a marchar.)

PUPILA 1.ª—No te vayas, pichi.

(Lo abraza y van saliendo todos.)

PUPILA 2.ª—*(Al Tocaor.)* Oye, dame un duro, que me hace mucha farta y tú no lo crees. Anda, dame un duro.

TOCAOR.—Bueno, mujé. Ya te he dicho que así que cambie.

PUPILA 2.ª—Pero si te he registrao y no ties un billete, ¿qué vas a cambiar tú?

TOCAOR.—¡De modo de parecé!

(Hacen todos mutis; a poco de quedar la escena sola sale Manolito.)

MANOLITO.—Anda, vámonos, niña, que farta un cuarto de hora na ma. *(Y dando saltitos hace mutis. Sale Carmen y la Celestina con el niño en brazos. Carmen va a volver a abrazar a su hijo tendidos los brazos y llorando. La Celes se lo quita.)*

CARMEN.—¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas!

(La vieja la sujeta para que no entre.)

VIEJA CELES.—Anda mujé y no seas tonta.

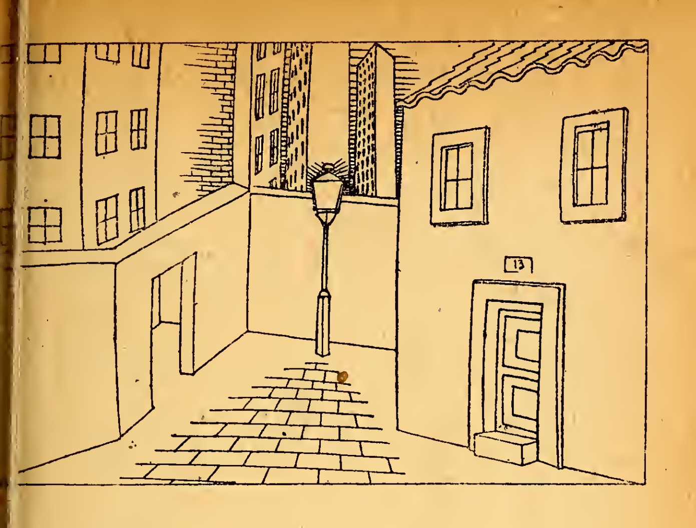
ꞏARMEN.—Pues júreme usté...

VIEJA CELES.—Que se lo llevo a tu madre, ¡jurao! Con er ño, ¿cómo vas a poder está en ninguna parte? *(Llorando y ogando los gemidos va saliendo. Detrás la vieja muy conten-, dándole golpecitos cariñosos en la espalda.)* ¡Anda, so tonima! ¡Si ahora es cuando va a comenzá pa ti la vida! *(Se ne el niño de mala manera bajo el brazo y cae el telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO







ACTO TERCERO

CUADRO SEXTO

ejón próximo a la Gran Vía. Es de noche. Se ve la parte posterior de las grandes construcciones modernas. El palacio de la Prensa ilumina el espacio con sus luces rojas.
ajo de un farol dialogan dos mujeres vendedoras de su carne.

MUJER 1.ª—¿Cuánto has ganao?
MUJER 2.ª—Na, ¿y tú?
MUJER 1.ª—Lo junto con lo tuyo y pata. Pues sí que está ena la circulación.

MUJER 2.ª—Tú calcula. Y como te descuides, que te balda a multas.

MUJER 1.ª—Di que una es loca, que si no yo no debía esta aquí. Yo tuve un protector y estaba en un pisito, pero chica que no pué ser, que yo siempre he tenío que estar a gusto lo tiré to por Felipe.

MUJER 2.ª—Que luego te salió rana.

MUJER 1.ª—Pero, qué quieres, estuve a gusto.

MUJER 2.ª—*(Señalando a un extremo.)* ¡Anda, mira, otr vez la negra!

MUJER 1.ª—Chica, ¿no ves?... ¡Ni que diera globos!

(Curro, escuálido, con aire torvo, llega al grupo ofrecien lotería. Nadie reconocería en él al famoso Curro, que en ta poco tiempo no es ni su sombra. Cruza la escena.)

MUJER 1.ª—¡Eh, el de la suerte! ¡Tié gracia!... ¡Mira qu ir ofreciendo la suerte con esa pinta!

MUJER 2.ª—¡Chist, calla! ¡Pobre! Curro le llaman, y ah donde lo ves, ha sío un hombre mu hombre y ha gastao e juergas mucho dinero.

MUJER 1.ª—¿Tú qué sabes?

MUJER 2.ª—El mismo me lo contó en la taberna hace poca noches.

MUJER 1.ª—Un cuento.

MUJER 2.ª—Una verdad, que ese hombre no miente. Mucha veces en su vida se ha visto con mucho dinero, y otras tanta se vió caído; pero ahora, ¡ya lo ves!, pa no levantarse má Le coge viejo, solo, y al vino se ha dao por olvidar y pa irs matando poco a poco.

MUJER 1.ª—¡Pobre hombre!

MUJER 2.ª—No hace un año, estaba como los ángeles y co parné.

MUJER 1.ª—¿Pero en tan poco tiempo?

MUJER 2.ª—¡Ahí ves! ¡Qué vida!

MUJER 1.ª—¡Pues anda, que la nuestra! ¡Jesús qué asquito Anda, te convido a una copa de Machaquito, que nos vamo poniendo mú tristes, y nosotras somos de vida alegre.

MUJER 2.ª—Vamos a tomarla.

MUJER 1.ª—¡Sí, chica, y allá penas!

(Hacen las dos mutis. A poco sale un borracho con una cu da fenomenal y haciendo sin conseguirlo unos cómicos es fuerzos por mantener el equilibrio. Ve un farol y a él se abr za como puerto de salvación. Después mira hacia una vent na y da voces.)

BORRACHO.—¡María! ¡María!

(Al ver que no le contestan, deja el farol, da una carrerit

ver que se va a caer, vuelve sobre sus pasos y vuelve a arse al farol y vuelve a llamar.)
aría! ¡Maríaaa!
ientras este último juego se ha oído la bocina de un au- vil y aparecen Carmen, lujosamente ataviada, y el Chó- ue conocimos en la juerga de Málaga, que la viene acom- ndo. Con ellos viene Rosa.)
ÓFER.—Por aquí es, Carmela, por donde él anda.
RRACHO.—¡María! ¡María!
l Chófer se fija en el Borracho.)
ÓFER.—Menuda tajá ha pescao el amigo. Anda, si me pa- que yo lo conozco. Sí, hombre. Este es el que asesora en orridas de toros. *(Fijándose en él.)* ¡El que asesora en los s! *(En este momento se abre la ventana y cae al suelo enorme llave que el Borracho con mil trabajos procura ger sin apartarse casi de la farola.)* Pues no. Es el que pide ave.
RMEN.—Bueno, deja a ése con su borrachera y vamos a uestro. ¿Este es el sitio?
HÓFER.—Por aquí lo he visto yo muchas veces; y créeme, mela; créeme, Rosa, pena da de verlo. Ya no es ni sombra quel Curro que yo conocí.
ARMEN.—Bueno, vete, y ya sabes: tráelo.
HÓFER.—¿Pero vosotras aquí solas? Yo no os dejo.
Vuelven a aparecer en la esquina la mujer 1.ª *y* 2.ª)
ARMEN.—He dicho que busques a ese hombre. Que no creo ue de él y Pepe Luis me has contao.
HÓFER.—¿Pero vosotras aquí?...
ARMEN.—¿Y qué más da? ¡Somos unas de tantas! Como éllas, como la más desgraciá... Vete.
HÓFER.—Como quieras, Carmela. *(En este momento, en un mófono, se oye un disco impresionado por Pepe Luis. Es mismo motivo que canta a Carmen al final del cuadro se- ndo. Carmen se apoya en el Chófer conmovida.)* ¡Qué coin- encia!... ¿Lo recuerdas?
CARMEN.—¡Ojalá no lo recordara!
ROSA.—¡Y que no haya un castigo pa los hombres traicione- que cogen a una mujer y la engañan, y la ciegan, y luego dejan pa ser una perdía!
CHÓFER.—Pero Pepe Luis no es de esos.
ROSA.—Ese, lo mismo que tos.
CHÓFER.—Pepe Luis no tuvo la culpa. Pepe Luis fué bueno.
ROSA.—¿Por qué no fué a buscarla?
CHÓFER.—¿No te he dicho ya mil veces que a Pepe Luis le o Curro que ésta se había muerto? Y Curro se lo dijo por , porque sabiendo que estaba loco por ti, creyó mejor de-

cirle eso que decirle en los pasos que andabas. Era más p
doso, más bueno. ¡Pobre Curro, qué pena da el verlo!

CARMEN.—Si es verdá que él le mintió a Pepe Luis, pe
debiera de verse.

CHÓFER.—¡Calla, mujer! El se lo dijo porque aquel enga
era mejor para ti, más piadoso para él. Curro es una bue
persona. Yo he querido hacer por él, pero es inútil. Es ho
bre perdido.

ROSA.—Como que no hay hombres.

CHÓFER.—¡Niña! ¡Niña!... Además, tú no estás al tan
Ese es un hombre roío por el gusanillo de la desgracia, y vi
su mal por el caminito por donde, unas detrás de otras, vien
en reata toas las esaboriciones. ¡Una mujer! Una mujer que
(Queda fijo en el sitio por donde hizo mutis Curro.)

CARMEN.—Sigue.

CHÓFER.—¡Si es que viene ahí!

CARMEN. — *(Extrañada al verlo.)* ¿Curro? *(Llamándol*
¡Curro!

CURRO.—¿Quién es? ¡Carmela! *(Llorando, la abraza.)* ¡Ca
melilla! *(Quedan un rato abrazados.)*

CARMEN.—¡Curro! ¿Es cierto lo que dice éste?

CURRO.—Sí, hija, mentí. Al oírlo en la cárcel con las ans
que por ti me preguntaba, le dije que pusiera luto en su c
razón, que tú habías muerto... Era más piadoso decirle e
que enterarlo, Carmela, de los pasos en que andabas.

CARMEN.—Gracias, Curro. Tome... *(Le da dinero. Curro
rechaza y Carmela se lo echa en el bolsillo.)* Y mañana ven
a buscarme.

CURRO.—¿Pa qué? Sigue tú tu vida, Carmela, que la mía
hay ya quien la remedie.

ROSA.—¿Por qué no?

CURRO.—Porque yo no quiero. Yo soy un barco perdío; bu
co en la muerte el consuelo. Toma. *(Le devuelve el dinero.
Chófer.)* Dame tú unas moneas pa vino. *(El Chófer se las d*

CARMEN.—Y ahora vamos, vamos a verlo.

CHÓFER.—¿Pero te vas a atrever también a ir al teatro
oírlo cantar?... Y te advierto que hay una expectación gran
Es la primera vez que Pepe Luis y el Cartagenero se encue
tran frente a frente y cantan juntos desde la riña de Málag
¡Menuda expectación hay!

ROSA.—Pero tú no debes ir. Carmela, considéralo, no debes

CARMEN.—Sí. Vamos.

CHÓFER.—¿Estás loca?

CARMEN.—Yo no sé. Sólo sé que quiero verlo. Vamos. *(M
tis Rosa y Carmen.)*

CHÓFER.—*(Viéndola ir y con gran admiración.)* ¡Es mucha mujer!

(Cuando va a salir el Chófer, lo llama el Borracho, que aun sigue abrazado al farol.)

BORRACHO.—¡Chist! ¡Chist!

CHÓFER.—¿Es a mí?

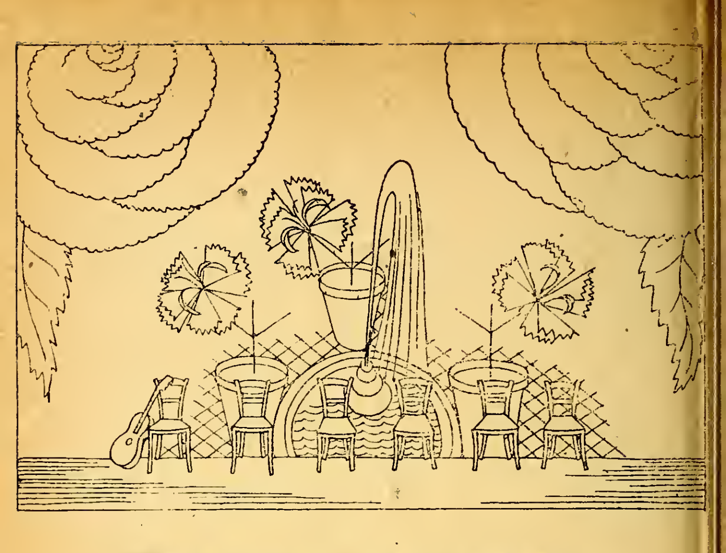
BORRACHO.—¡Haga usté el favor! *(Se acerca al Chófer.)* Aquel coche es suyo, ¿no? Pos mónteme en él y déme unas vueltecitas hasta que yo me quee fresco. *(Se agarra a él y echan a andar los dos con mil trabajos.)*

CHÓFER.—¡No llegamos a la hora de la función!

(Telón rápido.)

FIN DEL CUADRO SEXTO





CUADRO SEPTIMO

La misma sala del teatro donde esta obra se represente. Queda la sala a obscuras. Con una luz especial se ilumina sólo el palco delantero, donde están CARMELA, ROSA y el CHOFER.

CHÓFER. Ya te se cumplió tu gusto;
ya puedes estar contenta.

ROSA. ¡Jesús, cómo está el teatro!
¡Y buen público!.

CHÓFER. ¡Esperan
oír cantar esta noche
mejor que nunca se oyera!,
que son los dos dos colosos;
los dos, hombres de entereza,
y ar cabo de mucho tiempo
los dos enfrente se encuentran,
y hay por medio una mujer...,
y un rencor..., y una condena...
Si se encuentran en la calle

se matan; ¡pero la empresa
ha tenío buen cuidao
de que ninguno se viera
hasta que alcen el telón!
Por eso aquí, la pelea
ante el público, será
cantando los dos sus quejas,
y facas serán las coplas,
que irán buscando certeras
el corazón del rival...
(Al ver que Carmen llora llena de amargura.)
¡Perdona, Carmen! ¡Dispensa!
¡Entusiasmao, no caí
en que remuevo tu pena!
(Muy contento, y por distraerla, va señalando a distintos puntos del salón.)
¡Josú, y cómo está el teatro!
¡Na, que se hincha la empresa!
(Dando voces y accionando como si hablara con conocidos.)
¡Eh! ¡Celedonio!... ¡Aquí!
¡El cante niño!
(Mirando hacia otro lado.)
¡Adiós, Pepa!
¡Ya ves tú, chiquilla! ¡El cante!
(Carmen le llama la atención muy seria.)

ARMEN. ¡Cállate tú! ¡Considera
que soy mujer de la vida
y tengo que estar mu seria!
Otras dan voces... y na;
yo en cuanto ría, ¡me echan!

HÓFER. ¡Perdona, mujer, perdona!

ARMEN. De na.

OSA. La función empieza.
(Con las últimas palabras se ha levantado el telón y aparece el cuadro flamenco. Bailan las mujeres distintos bailes; Pepe Luis y el Cartagenero, cada uno en un extremo y sentados en primer término. El Cartagenero, orgulloso y retador, mira a todos lados. Pepe Luis tiene la cabeza clavada en el pecho. Dialogan Chófer y Carmen después del baile.)

OSA. No lo mires tanto, tú.

HÓFER. ¡Como que de na se entera!
¡A ti te digo! ¡Lo quieres!

¡Claro está! ¡Mucho y de veras!

CARMEN. ¿Yo?... A ti ¿quién te lo ha dicho?

CHÓFER. Esos ojos y esa pena.

(Se disponen a cantar Pepe Luis y el Cartagenero; Carmen se levanta.)

CARMEN. ¡Vámonos, no pueo más!

CHÓFER. Tú te queas ahora aquí.
¿Irme sin oírlo cantá?

CARMEN. Hazlo siquiera por mí.

CHÓFER. ¡No tengás guasa! ¡A escuchá!

CARMEN. Es que no sé si tendré
fuerzas pa escucharlo yo.
¡Me van fartando! ¡Lo sé!
(Llorando.)
Y es que ahora sale to
er llanto que me tragué.
Y es que tanto lo he querío
que por mucho que he sufrío,
llevo yo en er pecho mío
la raí de aquel dolor.
Corté la rama y la flor;
pero yo siento, señor,
que va brotando el amor
con mucho más poderío.

CHÓFER. Ahora vamos a escuchar,
que es cuando empieza lo bueno,
la esencia.

CARTAGEN. ¿Quién va a empezá?

(Pepe Luis lo mira y no contesta. El Cartagenenero le dice al guitarrista.)
Anda, toca, Macareno.

MACARENO. ¿Por fandangos?

CARTAGEN. ¡Natural!
(Canta.)
Que yo vivo escarnecío
y muero de pena negra;
que yo vivo escarnecío;
la que me causó esta pena,
aunque no hubiera nacío
bien poquito se perdiera.

PEPE LUIS. Cómo quieres que la olvide
siendo como soy culpable.
Olvidarla es imposible;
la quiero más que a mi madre.
(Lentamente va cayendo el telón, coincidiendo con el último verso de la copla. Ya no está Carmen en

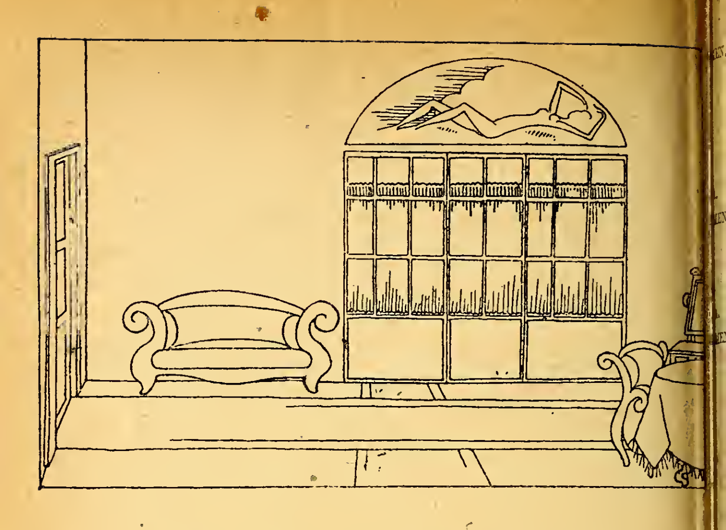
el palco. Dentro de él se oyen fuertes sollozos de un amargo llanto. El Chófer mira y dice.)

IÓFER.—¡Carmela! ¡Carmela! Estas mujeres están locas. No ue i con ellas a ningún lao. ¿Pos no l'ha dao el histérico?

'elón.)

FIN DEL CUADRO SEPTIMO





CUADRO OCTAVO

Salón lujoso de un depurado gusto moderno; es una casa pública donde la visita se paga cara. Una puerta en arco, de vistosa cristalería, al foro. Puerta que comunica con los dormitorios a la derecha. A la izquierda, ventanal con visillos.

(Al levantarse el telón están en escena CARMEN y ROSA.)

ROSA. *(Al ver la honda melancolía de Carmen.)*
¡Carmen Fuentes de Carmona!
¡Carmen Fuentes!

CARMEN. ¡Qué tormento!

ROSA. !Podías estar en la gloria!

CARMEN. ¡Llevo en mi alma un infierno!

ROSA. ¡Podías ser una reina!

CARMEN. ¡Soy un guiñapo!

ROSA. ¿Tan dentro

te se metió Pepe Luis?

EN. *(Iluminándose su cara al conjuro de ese nombre.)*
¡Dilo otra' vez!... ¡Y otra!... ¡Y ciento,
que cuando escucho ese nombre
tiembla en delirios mi cuerpo,
se secan de sed mis labios
y arde mi carne en deseos!

. ¡Ayer decías que le odiabas!

EN. ¡Ayer mis ojos lo vieron,
y supe que me quería!...
y supe que Luis es bueno...
y supe que yo soy mala...

. ¡Calla, Carmen!

EN. ¡Qué tormento!
(Sigue Carmen en su meditación y Rosa la contempla compadecida.)
Luis piensa que ya no vivo
porque así se lo dijeron
pa' que no supiera nunca
que yo vendía mi cuerpo.
Me cree muerta, sin saber
que vivo con su recuerdo,
que lo veo a toas horas,
que lo llamo hasta durmiendo.
¡Oh, qué martirio es mi vida!...
¡Aunque es verdad, yo me he muerto!
¡Yo llevo mi corazón
amortajao en mi pecho!
Yo soy mujer que se vende
por un puñao de dinero,
y si la mujer se vende
es que la mujer ha muerto.
Yo no soy aquella Carmen
yo soy... ¡una! Yo soy... ¡esto!
(Enseñando la cartilla.)
¡Lo que reza esta cartilla!
¡El número que aquí han puesto!
¡Carne colgada del gancho
afilao del sufrimiento,
pa en esta carnicería
irse a pedazos vendiendo!
(Tirando las alhajas, la ropa, los pendientes, los billetes.)
¿Pa qué quiero estas alhajas?
¿Pa qué lujo ni dinero?

Un cadáver no se adorna
con galas, ¡y yo me he muerto!
¡Que llevo mi corazón
amortajao en mi pecho!

ROSA. Es verdad. Mucho más vale
ser honrá que el lujo nuestro.
Mil veces antes con hambre,
pobre y sin tener un céntimo.
Un vestido muy humilde,
una flor puesta en el pecho
y un hombre solo que sea
el amo de nuestro cuerpo
pa ir diciendo: "aquí van dos
que, aunque no tienen dinero,
son más ricos que dos reyes
tienen... ¡lo que no tié precio!
tienen... ¡amor y vergüenza!
¡Paso a dos hijos del pueblo!

CARMEN. Yo así con mi Pepe Luis.

ROSA. Pero aguarda. Va el completo;
porque esto que yo te he dicho
es muy difícil tenerlo.
Los hombres son todos unos
aprovechaos. Los queremos
y ellos, los muy sinvergüenzas,
dicen, ¡vaya, ahí queda eso!
y te dejan pa el arrastre.
¡Arrastrao se vea el más bueno!
¿Los hombres? ¡Vaya canela,
de la fina! ¡Vaya huesos!
(El Chófer ha aparecido en la puerta y escucha estas últimas palabras. Avanza con sorna, burlón.)

CHÓFER. ¡Pues anda que las mujeres!...
¿De qué masa os habrán hecho
que no hay ni uno que os coma
sin descomponerse el cuerpo?
(Imitando el hablar gachón de una mujer.)
"¡Ay, tití! ¡Mátame, Paco¡"
"¡Ay, nene, cuánto te quiero!",
y están castigando a otro
mientras se lo están diciendo.
(Volviendo a imitar a la mujer.)
"Contigo, pan y cebolla."
"Contigo... hasta el cementerio".
pero es pa dejarte allí
y ellas volverse, ¡salero!

Y no os hablo de otras cosas,
de adornos..., de algo..., ¡bueno!,
porque hay prisa. No os vayáis
(Iniciando el mutis.)
que a cosa' importante vengo.
Ahora salgo.
(Va a irse.)

A. *(Irónica.)*
¡Adiós, hombre!

FER. *(Volviéndose y recogiendo la intencionada frase.)*
¡Casi na! ¡No es grande eso!
Adiós... ¡Mujer! ¡Cualquier cosa!
¡Er cólera morbo herpético!
(Mutis del Chófer.)

A. ¿Lo escuchas?
(A Carmen. Esta está en su meditación eterna.)
¡Pero si estás
en el Limbo! ¡Vaya infierno
el que tú misma te buscas!
Olvida, Carmen.

MEN. *(Suspirando.)*
No puedo.
Y yo estoy mala, muy mala.

SA. ¡Porque te estás consumiendo!
Pues mira, vete a buscarlo.
(Carmen niega con la cabeza.)
Lo busco yo; lo convenzo;
le digo lo que ha pasao,
todo lo que estás sufriendo.

RMEN. ¿Qué dices? ¿Que sepa él
la vida que vengo haciendo?
No, Rosa. Me moriría
de vergüenza. Yo no quiero
que sepa nunca otra cosa
que la que sabe. Yo tengo
la fe ciega en su cariño...;
sé ya que su pensamiento
fijo está en aquella Carmen...,
que me sepultó en su pecho.
Deja que tenga siquiera
ese único consuelo.
Antes que me odie por mala
y me desprecie por esto,
prefiero crea que no vivo,
y así vivo en su recuerdo.

OSA. ¿Y si viene y te perdona?

CARMEN. Entonces yo... ¡lo desprecio!;
que yo soy una cualquiera,
y un hombre que es hombre..., bueno.
Ya Pepe Luis no es pa mí,
porque es un hombre completo
y no podrá dar a olvido
la vida que vengo haciendo.
(Carmen siente un mareo. Rosa acude a ella.)

ROSA. ¿Qué es eso? ¿Te pones mala?
¡Carmen! ¡Carmen!
(Sale la Vieja Celestina. Nadie reconocerá en e[l]la a aquella vieja que vimos en Málaga. Está lle[na] de perifollos, de pulseras... Trae unos ramos [de] flores en la mano. Va al salón del foro; pero a[n]tes de llegar vuelve y se dirige a Carmen.)

VIEJA CEL. Dame un beso
y otro y mil, que tú no sabes,
Carmen, lo que yo te quiero.

ROSA. *(Burlona.)*
Sí, mucho.

VIEJA CEL. ¿Y tú lo dudas?
Por ella tengo yo esto;
por ella entré de encargá
y casi soy ama: Tengo
un año pa pagá la casa,
¡que es un palacio! ¡Y to esto
va a ser mío! ¡Y to por ésta!
¡Anda, hija, dame otro beso!
¡Claro! Yo la arrempujé,
y ella es, por mi consejo,
lo que es, ¡la de más postín
de to Madrí!; ¡na más que eso!
¡La reina de las mujeres!
¿Te acuerdas, Carmen? ¡Un beso!
(La besa y va al salón.)

ROSA. ¡Un tiro que te tiraran!

VIEJA CEL. ¿A quién?
(Volviéndose al oírla.)

ROSA. *(Señalando.)*
A usté y a mi cuerpo.

VIEJA CEL. Bueno. Con una pistola
e dos cañone. Y que un tuerto
sea er que nos apunte...
(Le vuelve la espalda y de pronto se vuelve y dice[:])
¡A ti con el ojo bueno!
¿Pero otavía no t'arreglas?

¡Anda, mujé! ¿No estás viendo
que ya estarán ar caé
los señorones que espero?
Vienen a diversionarse
y a echá un rato completo
un generá, un ministro
y hasta un cenadó der reino.

ROSA. ¿Quién dice usté?

VIEJA CEL. ¡Un cenadó!
¡Yo qué sé qué será eso!
Será un tío que cena ar día
dos o tres veces lo menos.
Conque arréglate, Carmela,
que vienen por ti, y luego
verás si sudan monea.
De esta hecha me estoy viendo
con un artomóvi propio
y a ti dueña de un imperio.
Pero arréglate. ¿Qué haces?

CARMEN. Que yo esta tarde no puedo.

ROSA. ¡No! ¡No! Con Carmen no cuentes.

VIEJA CEL. ¿Pero qué estáis diciendo?
Si vienen por conocerte,
¿les vas a hacer ese feo?
¡La tela, niñas! ¡La tela!,
que lo demás to son cuentos.
Conque, Carmela, a arreglarte.
¡Ay! ¡Bendito sea ese cuerpo!
(Hace mutis.)

CARMEN. En fin, vamos a arreglarnos,
(Sale el Chófer y habla con Rosa.)
que ese es el oficio nuestro.
(Entra Carmen en la habitación.)

CHÓFER. Hay que advertírselo, Rosa.
Pa que se venga gustosa,
tú le expones la razón.
Si aquí se queda...

ROSA. ¡Qué cosa!

CHÓFER. Hay una esaborición.
¡Y pronto! ¡Que está ar caé
la hora en que va a vení!

ROSA. ¡Si aquí la ve Pepe Luí!

CHÓFER. Si no le hablas la va a ve.
(Esto lo dice desesperado, indicándole que entre rápida. Rosa entra en la habitación de Carmela.)
¡Señor, qué cosa! ¡Si un día

se tenían que encontrá!
¡Pepe Luis! ¡Su nombradía!
¡Fiesta que sea distinguía,
a él lo llaman pa cantá!
(Inicia el mutis, y Carmen, toda desencajada, llama.)

CARMEN. Espera, por Dios, espera;
lo que Rosa me asegura...
(El Chófer asiente con la cabeza. Carmen llorando.)
¡Hoy voy a subir entera
mi cuesta de la amargura!
¡Señor! ¡Señor! ¡Que no quiero
que aquí me venga a encontrar!
¿Me vas a crucificar
en este infame maero?
(Oyese ruido y escucha el Chófer.)

CHÓFER. Ahí vienen,
(Mira y vuelve a escena.)
y los cabales.
(Oyese el ruido más cerca.)
Ya siento sus pasos, Rosa.

CARMEN. ¡Ya siento aquí los puñales
que lleva la Dolorosa!
(Y, sujeta por el Chófer y Rosa, entra Carmen en su cuarto. Inmediatamente salen Rosa y el Chófer al encuentro de los que llegan. Entran en escena un viejo General, un Senador del Reino, Amigas 1.ª y 2.ª, el Tocador y Pepe Luis. Vienen muy contentos, riendo, canturreando; del brazo del General, la Amiga 1.ª, y del brazo de Pepe Luis, la Amiga 2.ª. Al ruido, y cuando lo indique el diálogo, sale la Vieja Celestina.)

SENADOR. Pepe Luis, me has desbancado.

PEPE LUIS. Yo... *(Disculpándose.)*

SENADOR. *(Cariñoso.)*
No te lo reprendo;
¿le gustas tú por tu cante?
¡Pues dar gusto a vuestro cuerpo!
Yo vengo buscando a otra;
a esa Carmen. Y os prometo
que todos os quedáis bizcos.
¡Vaya mujer!

AMIGA 2.ª ¡Mira el viejo!...
¡Eso son achares!... ¡Claro!

GENERAL. No hables así, que te llevo...

AMIGA 2.ª ¿Dónde?...

GENERAL. ¡Donde... quieras!

(Muy contenta, se separa de Pepe Luis y se abraza al General.)

AMIGA 2.ª Pues llévame al Trust Joyero,
que hay alhajas que me tienen
sin vista. ¿Me llevas?

GENERAL. ¡Luego!

(Mutis muy amartelados, y detrás, Pepe Luis.)

VIEJA CEL. Ya está toíto preparao;
ya está toíto dispuesto...
¡Pasen las presonas reales!
(Van entrando.)

AMIGA 1.ª Pues anda; si no, no entro.
Anda, dame otro billete
de San Francisco, que quiero
hacerle yo una novena,
y ya prometido tengo
no gastar ningún billete
de esos del santo; y luego,
a cada uno ponerle
una luz y dos floreros.

GENERAL. ¡Qué chica más religiosa!
¡Qué encanto! ¡Toma, mi cielo!,
(Le da varios billetes.)
y llévame a mí también
donde tú quieras... y..., bueno,
ésta me entierra, ¡seguro!
(Pasa ante un espejo y se acicala.)
¡Por más que no soy tan viejo!
(Entran todos en el salón y corren la cortina. Risas, palmas, jaleo. Salen el Chófer y Rosa. A través de las cortinas de encaje se ven las figuras de los juerguistas.)

CHÓFER. Ahora podemos decirle
que venga y salga corriendo,
y nos vamos a la calle,
la meto en un taxi y luego
no volvemos por aquí
en dos semanas lo menos.
Pero tú, Rosa..., también.
A ella la dejamos dentro,
y tú al lado del volante...
y yo al lado de tu cuerpo...
(Ríe Rosa. En este momento suena la guitarra y canta Pepe Luis. Carmen sale y de puntillas se

acerca de modo que no la vean. Conteniendo las lágrimas, oprimiéndose el pecho con una honda emoción, le escucha.)

PEPE LUIS. *(Cantando.)*
Enterraron por la tarde
a la hija de Juan Simón.
Era Simón en er pueblo
el único enterraor.
El mismo a su propia hija
al cementerio llevó.
El mismo cavó la fosa,
murmurando una oración,
y todos le preguntaban:
—¿De dónde vienes, Simón?
—Soy enterraor y vengo
de enterrar mi corazón.

(Decidida, Carmen se yergue, se serena y con trágica frialdad va a entrar a su cuarto.)

ROSA. ¿Dónde vas? ¿Qué vas a hacer?

CARMEN. ¡Estarse quietos! ¡Ahí, quietos!
Ya estoy alegre y ya
ni sufro, Rosa, ni peno.
Sí; tienes razón. Me voy.
Esperar, que vais a verlo.
Hay que ser fuertes. Me voy,
y me voy lejos, ¡muy lejos!
(Rosa llora.)
He sío tonta con sufrir;
ahora lo veo claro y quiero
volar, volar más arriba,
cruzar toíto el firmamento;
volar, volar, tengo alas
y quiero romper el cielo.

ROSA. Pero yo me voy contigo.

CARMEN. ¿Que vienes conmigo?
(Después de una pausa.)
¡Bueno!
Esperaos un instante.
Aguardar, que es un momento.
(Entra Carmen en su cuarto y cierra. Sale la Vieja.)

VIEJA CEL. ¿No entra Carmen?

ROSA. Ahora sale.
(La Vieja se enfurece.)

VIEJA CEL. ¿Pero otavía ahí dentro?
Esta mujé está tonta;

¡qué rato se está perdiendo!
(Sale el Senador y desde la puerta pregunta.)

SENADOR. ¿No viene Carmen?

VIEJA CEL. *(Muy risueña.)*
Sí, ahora.
(Llamándola.)
¡Carmen! ¡Carmen!
(Desesperada.)
¡Qué tormento!
¡Carmen! ¡Sa! ¡Que esta es tu suerte!
¡Sa, Carmen!

ROSA. *(Escuchando extrañada.)*
Ese silencio...
(Llama, inquieta, a la puerta.)
¡Carmen, Carmen!
(Nerviosa, con trágico presentimiento, abre la puerta y entra, seguida de la Vieja.)

ROSA. *(Saliendo.)*
¡Ah, Dios mío!

VIEJA CEL. *(Con rabia.)*
Se ha matao.

CHÓFER. *(Mirando.)*
¿Qué estás diciendo?

ROSA. ¡Que se ha matao! ¡Carmen!
(Llorando amargamente.)
¡Carmen!
(El Chófer se dirige al salón donde suena sólo la guitarra.)

CHÓFER. ¡A ver si se callan ésos!

VIEJA CEL. ¿Aónde vas?
(Sujetándolo.)

CHÓFER. A que esa fiesta
se acabe.

VIEJA CEL. ¿Qué estás diciendo?
¡Que no lo sepan, por Dios!
Me buscas la ruina.
(El Chófer quiere ir.)
Quieto.
(Con un cuchillo en la mano.)
Si dices una palabra
te clavo. Y tú...
(A Rosa, que llora)
¡Silencio!
Ya lo dije; esa mujé
era tonta y... ¡a qué tiempo
ha llegao a suicidarse!

Mi ruina.
(A Rosa y Chófer.)
¡Callad! ¡Silencio!
(Rosa y Chófer caen de rodillas.)

ROSA. ¡Carmen! ¡Qué triste vacío
dejas en mi corazón!

CHÓFER. ¡Qué grande! ¡Qué grande ha sío
la hija de Juan Simón!
(Esto último cayendo de rodillas en la puerta de Carmen. Pero en este momento canta Pepe Luis la milonga de Juan Simón y lentamente va cayendo el telón, mientras la vieja echa a los dos; cierra con llave la puerta de Carmen y entra en el salón jaleando, dando palmas y disimulando su emoción.)

VIEJA. ¡Bravo!... ¡Bien!...

FIN DE LA OBRA



Rivadeneyra (S. A.).—Madrid